

Cuentos Sufis

Shah, Indries

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Shah, I. (1992). Cuentos Sufis. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 37(147), 147-148. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1992.147.51557>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

y los sufrimientos del cuerpo. La muerte no hace caso de lamentos.

Muere el hombre y su destino está determinado por sus acciones. Que viva un hombre diez o cien años acabará por separarse de la compañía de sus parientes al salir de este mundo.

Quien anhela la paz del ánimo ha de arrancar de su herida la flecha del disgusto, la queja y la lamentación.

Bendito será quien venza el dolor.

Sepulta tú a tu hijo.

Extenuada por el dolor sentóse Krishna Gotami al borde del camino, y puesta a meditar en el silencio del atardecer, se dijo:

— ¡Cuán egoísta soy en mi dolor! La muerte es el común destino de todo cuanto vive. Pero en este desolado valle hay un camino que conduce a la inmortalidad al que elimina de sí todo egoísmo.

Y sofocando el egoísta amor que sentía por su hijo, lo enterró en el bosque, y luego fué a refugiarse en el Señor Buda y halló consuelo en el Dharma que alivia el corazón lacerado por el dolor.

CUENTOS SUFIS

El santo y el pecador

Idries Shah

Había una vez un derviche devoto que creía que su tarea era reprochar a aquellos que hacían cosas malvadas y ofrecerles pensamientos espirituales para que pudiesen encontrar el camino correcto. Sin embargo, lo que este derviche no sabía era que un maestro no es solamente aquel que dice a otros que deben hacer las cosas actuando a través de principios fijos. A menos que el maestro sepa exactamente cuál es la situación interna de cada estudiante, el maestro puede obtener el efecto contrario de lo que desea.

Sin embargo, este devoto encontró un día a un hombre que jugaba excesivamente y no sabía cómo curarse el mal hábito. El derviche se situó frente a la casa del jugador. Cada vez que le veía encaminarse a la casa de juego, el derviche ponía una piedra para marcar cada pecado en el montón que él estaba acumulando como recordatorio visible del mal.

Cada vez que el hombre salía, se sentía culpable. Cada vez que regresaba, veía otra piedra sobre el montón. Cada vez que añadía una piedra al montón, el devoto sentía enojo en contra del jugador y placer personal (del que decía era por el bien de “Dios” por haber registrado su pecado).

Este proceso duró veinte años. Cada vez que el jugador veía al devoto, se decía a sí mismo:

“Quisiera comprender el bien. Cómo trabaja este hombre santo por mi reden-

ción. Quisiera arrepentirme y, más aún, ser como el, pues de seguro estará entre los elegidos cuando llegue la hora final.”

Sucedió, a causa de una catástrofe natural, que ambos hombres murieron al mismo tiempo. Un ángel vino por el alma del jugador y le dijo suavemente:

— Deberás venir conmigo al Paraíso.

— ¿Pero cómo puede ser eso? —dijo el jugador—. Yo soy un pecador y debo de ir al infierno. Con seguridad estás buscando al devoto, que se sentaba cerca de mi casa y trató de reformarme durante dos décadas.

— ¿El devoto? —dijo el ángel—. No, a él le están llevando a las profundas regiones, pues se le tiene que asar en la fosa.

— ¿Qué justicia es ésta? —dijo el jugador, olvidando su situación—. Debes de haber confundido las instrucciones.

— No es así —dijo el ángel—. Ahora te explicaré. Lo sucedido es como sigue: el devoto se ha estado gratificando durante veinte años con sentimientos de superioridad y de mérito. Ahora le ha llegado su turno de arreglar la balanza. En verdad, puso esas piedras sobre el montón para sí mismo, no para ti.

— ¿Y qué me dices del premio que he ganado yo? —preguntó el jugador.

— Tú recibirás tu premio porque cada vez que pasabas por donde estaba el derviche, primero pensabas en el bien y, en segundo lugar, en el derviche. Es el bien, no el hombre quien te está premiando por tu fidelidad.

Día y Noche

Un hombre de letras dijo a un sufí:

- Ustedes los sufíes dicen a menudo que nuestras preguntas lógicas son incomprensibles para ustedes. ¿Puede darme un ejemplo de lo que le parecen?

El sufí respondió:

— Aquí tiene un ejemplo. Una vez, estaba viajando por tren y pasamos por siete túneles. Frente a mí estaba sentado un campesino que obviamente no había viajado nunca antes en tren. Después del séptimo túnel, el campesino se dirigió a mí, y dijo: “Este tren es demasiado complicado. Sobre mi burro puedo llegar a mi aldea en un solo día. Pero por tren, que parece viajar más rápido que un burro, todavía no hemos podido llegar a mi hogar, a pesar de que el sol ha salido y se ha ocultado siete veces.

Shah, Idries, *Sabiduría de los idiotas*,
México, FOTDEDISA, 141 pp.